



CRÓNICAS NATURALES

Un tren que te sume

De los viajes por la cornisa cantábrica yo siempre regreso, desde hace ya tantos años en que la contemplé desde lo alto en fiestas de san Timoteo, con Luarca en el corazón. Arca de Lobos significa, pero no de los de tierra, que tan abajo no llegan, sino de los marinos, que aún se dejan ver por sus costas. No hace muchos veranos uno fue visitante fiel de su puerto. Se hizo amigo de los humanos y esa

fue su perdición. Muchos lo quisieron pero un asesino aprovechó su confianza para matarlo a golpes.

Luarca también se ha vuelto conmigo después de este último viaje realizado en el Transcantábrico y en compañía de otra veintena de escritores. Seguro que cada uno de ellos se ha traído un lugar especial, íntimo, en su memoria y pegado a su retina. Yo, como siempre, mi Luarca, que esta vez, además

Surge en el Cantábrico

Por Antonio Pérez Henares (Texto y fotos)

"Luarca también se ha venido conmigo después de este último viaje realizado en el Transcantábrico"

me ha enseñado otra de sus novedades: están buscando al "kraken", al gigantesco calamar que alentó tantas leyendas de los mares nórdicos y que ahora ha resultado ser verdad. En el museo luarqués pude ver los cadáveres del gigantesco animal. Tienen allí muy bien conservados varios cuerpos, pero

lo que aún les falta son las imágenes del ser vivo.

Será de las pocas cosas de la cornisa cantábrica que no pueden verse en este crucero sobre railes que propone el tren. A todo se llega, a la cultura, al arte, a las iglesias románicas, a los mosaicos romanos, a las rutas del peregrino, a los vinos



"Yo me he traído el paso por la ría de Viveiro y el atardecer entre historias de templarios"

"Un día fui a Covadonga y subí a los lagos de Enol y Ercina. Un guiño de sol me permitió disfrutar de un silencio grandioso"

inmejorables de la tierra, a las viandas aún mejores del terreno y hasta a los ecos y los ritos de los cazadores prehistóricos. Por todos los sitios se detiene y permite alcanzar desde sus estaciones, como si fueran campamentos base, las grandes metas y los escondidos rincones de ese Norte. Pero lo que se entrega siempre, lo que está de continuo al alcance de los ojos, nada más traspasar



con la vista el cristal del vagón es una naturaleza en todo su esplendor de acantilado, playa, ola, montaña, bosque, río y cielo. Que todo eso mezclándose de continuo y a veces sin solución de continuidad es el festín que se ofrece a la pupila del viajero, que tiene ahí al alcance mismo de la mano y que puede oler y acariciar en cuanto el tren para y él baja y ya tiene la hierba o la mar justo en sus pies.

Por ello, quizá si hubiera que elegir entre lo que el Transcantábrico y su viaje me han dejado no tendría duda en elegir a ese paisaje, a esa naturaleza viva que desde él y a través suyo pueden también conocerse y palpase.

Así que ahora ya, junto a mi vieja Luarca, ya tengo atesoradas algunas otras cosas. Les contaré sólo algunas y dejaré para ustedes que desde Santiago hasta Bilbao y luego hasta León sueñen otras, recuerden las que ya vieron o se vean incitados a conocer.

Yo me he traído el paso por la ría de Viveiro y el atardecer entre historias de templarios que me relataban mis compañeros. Se ha venido conmigo en una foto deseada. Luego me he bebido con los ojos todo el mar bravío, todas las espumas golpeando contra la roca, todo el azul intenso del Cantábrico y sus juegos con el verde intenso de hierbas, aguas y montañas hasta el mismo borde de sus olas.

Un día fui hasta Covadonga y subí a los lagos de Enol y de la Ercina. Un guiño del sol que se había resistido a asomarse me permitió disfrutar de su silencio grandioso. Era la lujuria de la primavera asomándose cuando aún quedaba nieve en las montañas sagradas del Parque Nacional. Montañas míticas donde el culto a la Madre llega desde el paleolítico hasta esta virgen "pequeña y galana". También de allí he podido acarrearles otra imagen.

Habrán de soñar sin embargo otra que no puede ser captada. La de nuestros ancestros pintando las paredes de Altamira, la de aquel genio, porque hubo un genio de más talla que la de Miguel Ángel, decorando su santuario con bisontes y caballos. Queda el sobrecogedor rastro del espíritu de unos seres humanos plenos y creativos, tan nosotros mismos hace un soplo aunque hayamos querido verlos tantas veces lejanos y semibestiales. ¿Pero cómo van a serlo? Ni siquiera es necesario echar ma-

no de la ciencia que cada día nos enseña más certeramente toda su íntegra y completa humanidad en todos sus actos. Simplemente con contemplar la grandeza de su arte debería sobrar como le sobró a Picasso: "Después de esto todo es decadencia", exclamó.

La Neo-cueva, magnífica reconstruc-

a los pies de uno de los lugares más mágicos de toda España: Sotoscueva, Ojos de Guareña, el gran complejo kárstico de más de cien kilómetros de galerías excavado por el río en las entrañas de la tierra donde quedan huellas de toda una humanidad que allí se ha refugiado. Allí está impresa en el

bé y el lugar de reunión del ayuntamiento, dentro al cobijo de la roca y fuera a la sombra de la gran encina.

Caía ya la tarde cuando se me fueron los ojos con el sol que se ponía tras la alta cordillera. Hay lugares a los que uno sabe que no debe tardar tanto en volver. ☺



ción, permite una exacta comprensión de Altamira sin dañar irremediablemente el original.

Dejo para el final un reencuentro. Ése que sentí como un aldabonazo en el alma cuando el tren atravesó y remontó los montes mineros de Vizcaya y se adentró en las merindades de Burgos. A un lado la Cordillera Cantábrica, al otro los farallones rocosos, altivos y enhiestos que circunvalan todo el valle por el que el tren se iba colando hasta dejarnos en Espinosa de los Monteros

suelo la huella de un contemporáneo de los paleolíticos de Altamira, está el cadáver de un príncipe neolítico, algún orgulloso cántabro que no se rindió al romano, pero no supo encontrar el camino de salida, y están los silos medievales camuflados para salvarlos de la rapiña de las aceifas califales cuando el musulmán era poderoso y el cristiano sólo tenía la huida a la montaña como retaguardia segura. Y está la ermita troglodita, como si quisiera santificarse el templo de la naturaleza, de san Berna-

"En Ojos de Guareña está la ermita troglodita, como si quisiera santificarse el templo de la naturaleza"